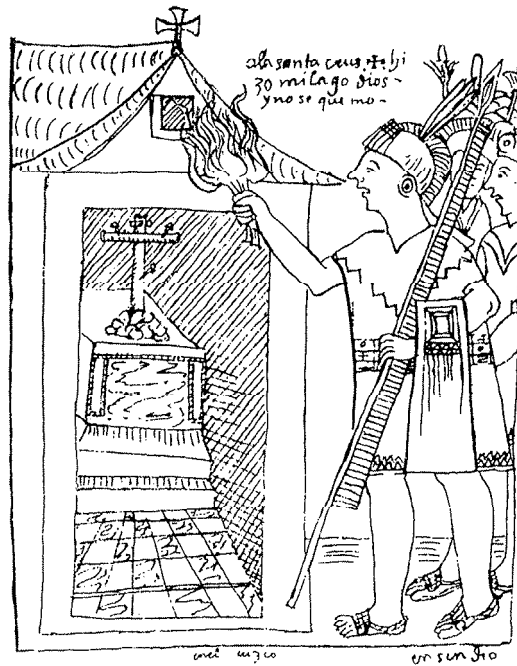


Víctor H. Palacios Cruz

Profesor de Filosofía en la Universidad de Piura. Profesor invitado en la Universidad de Montevideo.



La «Teoría del caos» o la multiplicación del determinismo

En un artículo reciente de Carlos Vargas-«Historia virtual, o el vértigo de la mariposa»- se comenta la reciente propuesta historiográfica del británico Niall Ferguson: la práctica de la *historia contrafactual*, que, inspirada en la pregunta «¿qué hubiera pasado si...?», pretende revelar, con el concurso de la imaginación, la peculiaridad de cada hecho histórico como un punto abierto a incontables bifurcaciones, manifestando, de esa manera, la imposibilidad de escribir una historia lineal que implicaría considerar cada acontecimiento como un

advenimiento irrevocable. Apoyada en la denominada *teoría del caos*, proveniente del ámbito científico y según la cual «el mundo natural es ya lo bastante imprevisible como para que la predicción exacta sea claramente imposible», dicha tesis pretende renovar la defensa de la libertad frente a la pervivencia del determinismo histórico. Sin embargo, su alegato se enfrenta a graves dificultades que podrían condensarse en la contrapregunta: «¿son-realmente- concebibles los resultados de lo que podríamos haber hecho y no hicimos?»

En los primeros meses del año 2001, *Cuadernos de Marcha* publicó en cuatro entregas el artículo de Carlos Vargas Quijano¹ titulado «Historia virtual o el vértigo de la mariposa», en el que explica, por extenso, las posibilidades y virtudes de una presunta alternativa al debate entre el determinismo y el antideterminismo,

1 Periodista y profesor de filosofía uruguayo, recientemente desaparecido.

debate emblemático dentro del controvertido periplo de la filosofía de la historia. La *teoría del caos*, que pretende sustentar la práctica de la historia virtual o contrafactual, ha sido presentada, según Vargas, por el historiador británico Niall Ferguson en la introducción de su libro *Historia virtual, ¿qué hubiera pasado si...?*, traducido al español recientemente por la Editorial Taurus.

Sin más dilación, el núcleo de la propuesta de Ferguson queda condensado en su provocadora pregunta inicial: «¿por qué no ocuparnos de lo que no ha ocurrido?», interrogante que, librada sobre el llano del ejercicio historiográfico, podría deparar los inverosímiles resultados de la imaginación proyectada sobre lo pretérito, precisamente aquello que sostiene el presente y sin lo cual -se presume- la realidad que nos rodea sería netamente distinta. Esta sencilla ocurrencia, que sin duda trastocaría los hábitos del historiador riguroso, recibe en Ferguson, sin embargo, el esfuerzo de una particular fundamentación que merece la reseña de Carlos Vargas y, desde luego, mi propio comentario.

El dilema determinismo-antideterminismo y sus posibles respuestas

Es preciso decir, en primer lugar, que la historia virtual propugnada por Ferguson se presenta como una defensa de la libertad, y con ello de la auténtica relación causal entre los hechos, frente a las variadas visiones de la historia -todas ellas rígidas y pretensiosas- cobijadas bajo la llamada tendencia determinista.

A propósito, y como es sabido, el determinismo en general, frecuente tentación en la comprensión de lo humano, se edifica sobre el convencimiento de que es posible clarificar, con la sola razón, el entero y convulso periplo de la humanidad. Sus procedimientos posibles, en tal caso, son cada uno de los dos siguientes o una combinación de ambos: el planteamiento de un sistema leyes perfectamente asequible a la racionalidad, o el esbozo de un plan universal establecido por un designio sobrehumano e invencible por la voluntad del individuo. En su conciso relato, este autor británico remite las raíces del determinismo al concepto estoico de los «ciclos históricos»², e identifica su máximo impulso en la influencia que ejercieron las ciencias sobre el curso de la filosofía moderna, particularmente a partir de la física newtoniana que Kant tomara como paradigma de conocimiento cierto y seguro³. (Kant invocó, no se puede olvidar, un Kepler o un Newton para el conocimiento de la historia⁴.) Valoración que, para mayor rigor aun, podría remontarse al matematicismo de Descartes, en la alborada de la modernidad. Hijos de esta ilusión y fundadores de diversas lecturas de la historia universal,

2 No menciona Carlos Vargas referencia alguna de Ferguson a la más reciente tentativa de interpretación determinista de la historia en Francis Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre*, traducción de P. Elías, Planeta, Barcelona, 1992).

3 Cf. Carlos VARGAS, «La historia virtual...» (II), *Cuadernos de Marcha*, febrero-marzo de 2001, pp. 8-9.

4 Cf. «Idea de una historia universal en sentido cosmopolita», en: *Filosofía de la historia*, traducción de Eugenio Imaz, Fondo de Cultura Económica, México, Madrid, 1997, pp. 41-42.

son, a título de muestra, Condorcet, Montesquieu, Smith, el mismo Kant, Hegel, Marx, Comte, Stuart Mill y Spengler. En Hegel, la cúspide de este proceso, la más mínima brizna de azar o sinrazón queda instantáneamente subsumida en el itinerario de un Espíritu Absoluto que lo supera todo sin perder nada, en una titánica tentativa por diluir lo accidental y lo inexplicable -y con ello, el crimen, el dolor y la muerte-, bajo el secreto afán de apaciguar la pasión de una razón incontinente y, de paso, sosegar las angustias de un tiempo desgarrado⁵.

El determinismo, sin embargo, también ha sido objeto en el pasado de algunas réplicas que el mismo Ferguson, según Carlos Vargas, refiere deteniéndose especialmente en las posiciones de Dostoievski y Carlyle. Del primero vale la pena reproducir la siguiente cita: «[para los deterministas], todos los actos humanos serán enumerados en algo similar a las tablas logarítmicas [...] Se realizarán cálculos pormenorizados y predicciones exactas sobre todo el porvenir [...] Pero resulta que quizá hagamos algo por aburrimiento». Y del segundo, merecen leerse las siguientes palabras:

*[...] La historia en acción no es como la historia escrita: los hechos reales no están en modo alguno relacionados entre sí de manera tan simple como están padre e hijo; cada hecho particular es vástago no de otro sino de todos los hechos, previos o coetáneos y se entrelazará a su vez con todos los demás para engendrar otro nuevo: es un eterno y eternamente operante Caos de Ser [...] ¡Y este Caos es... lo que el historiador va a describir, y ponderar científicamente, cabría decir, engarzándolo con un solo hilo de unas pocas medidas de longitud! [...]*⁶

No obstante, Ferguson encuentra razonable minimizar estas críticas a la vista de la envergadura teórica de su adversario. El mismo Vargas estima lamentable el desaliento que inspira Carlyle con relación a las posibilidades de conocimiento de la historia: «al hombre le es imposible conocer su propia actividad: la simultaneidad frente a la sucesión, la linealidad contra la tridimensionalidad; crean un abismo infranqueable entre lo que hacemos y nuestra capacidad de pensar sobre ello»⁷. No se puede perder de vista que -con Heráclito- el alma del hombre, adonde remite en último término el suceder, es, en definitiva, insondable. La historia misma, inagotable mientras tanto, va mostrando de a poco, y a veces no sin sorpresa, facetas ocultas e inadvertidas que prueban la inexplorable condición de la naturaleza humana. Por último, la misma temporalidad del narrador sugiere la provisionalidad de los juicios históricos. Es un presente concreto, con su propia

5 Véanse al respecto los comentarios de Karl Löwith en *El sentido de la historia. Implicaciones teológicas de la filosofía de la historia*, traducción por Justo Fernández Bujan, Aguilar, Madrid, 1958, pp. 78 y ss., y de Daniel Innerarity en *Hegel y el romanticismo*, Tecnos, Madrid, 1993, introducción.

6 Carlos VARGAS, «La historia virtual...» (II), *Cuadernos...*, febrero-marzo de 2001, p. 13.

7 Carlos VARGAS, «La historia virtual...» (II), *Cuadernos...*, febrero-marzo de 2001, p. 13.

carga de afanes y temores, el que mira hacia el pasado y acomete su relato. El estudio de lo pretérito nunca se desprende de la posición desde la que se emprende, que no es sólo la posición de un individuo, sino la de una generación, la de una época. Como cuenta el peruano Julio Ramón Ribeyro, el Quijote fue para el siglo XVIII una novela humorística, una tragedia filosófica para el XIX y una sátira política para el XX⁸.

Tal vez, sin embargo, la única proa capaz de abrir en dos el témpano del determinismo debería ser buscada en un planteamiento más radical. Y entiendo que dicha respuesta puede encontrarse, por ejemplo, en un pensamiento histórico contundente como el de Hannah Arendt. En efecto, la autora de *La condición humana* sostiene que cualquier conato de relato universal de la historia y captación de su fin último –culmen de cualquier determinismo– queda suspendido apenas se reconocen dos cuestiones muy simples: primera, que la obvia irrealdad del fin de los tiempos –la vida continúa– impide cualquier pronunciación sobre el significado conjunto de lo inconcluso, de manera que una interpretación omnicomprendiva sólo puede enunciarse a título de hipótesis⁹; y, segunda, el carácter auroral que reviste cada acción que, si bien circunscrita en múltiples sentidos, permanece, gracias a la libertad, como una aparición irreductible al pasado y una incógnita irresoluble desde el presente, sustancialmente ajena a la regularidad de los procesos naturales¹⁰. Idea que, por cierto, no tiene por qué resignar al relativismo respecto del conocimiento de la historia, ni mucho menos a un agnosticismo desolado al estilo de David Hume. Tampoco debe condenar, vale la pena añadir, a un fragmentarismo o atomismo sobre el curso del tiempo. Contra esto último, la evidencia del relato, tan celebrado por Arendt como la forma idónea de acercarse a los asuntos humanos, transmite la confortación de los amplios márgenes de la historia parcial, la historia concreta, la única que nos es dado conocer, desde la cual se puede plantear consecuentemente no el sentido de la historia pero sí el sentido de las historias, no la historia total pero sí las historias particulares. Desde luego, ni siquiera el relato total de una época determinada como la suma de relatos particulares, gracias a la reunión de una multitud ingente de disciplinas, como pretendió la escuela francesa de los Annales, sería posible puesto que, como indica Ferguson –en cita de Vargas–, «esta clase de historia sería inescrible [sin algún tipo de] principio organizativo»¹¹. Como se suele decir, la totalidad rebasa la simple sumatoria de las partes. Tal visión compositiva es inútil frente a la complejidad de las cosas humanas, que es de lo que trata en resumidas cuentas la historia.

8 *Cartas a Juan Antonio*, tomo I (1953-1958), Jaime Campodónico Editor, Lima, 1996, p. 98.

9 “Comprensión y política”, en: *De la historia a la acción*, traducción de Fina Birulés, Paidós e Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, Buenos Aires, México, 1995, p. 42.

10 Véase el tratamiento arendtiano de la actividad humana en: *La condición humana*, traducción de Ramón Gil Novales, Paidós, Barcelona, 1993.

11 «La historia virtual...» (II), *Cuadernos...*, febrero-marzo de 2001, p. 15.

La propuesta del contrafactualismo y sus limitaciones

No obstante, es la *historia contrafactual* lo que Ferguson presenta de modo particular como el arma decisiva para superar el dilema determinismo-antideterminismo. Propuesta que, a su vez, Ferguson pretende sostener sobre la denominada *teoría del caos* que toma del ámbito científico.

Con palabras de este autor -recogidas por Carlos Vargas-,

*[...] en nuestra vida diaria nos hacemos esta clase de pregunta 'contrafactual'. ¿Y si hubiera respetado el límite de velocidad o rehusado esa última copa? ¿Y si nunca hubiera conocido a mi mujer o a mi marido? [...] ocuparnos en imaginar contrafactuales de este tipo forma parte esencial de nuestra manera de aprender. Dado que las decisiones sobre el futuro están -por lo general- basadas en una ponderación de las consecuencias potenciales de diversos cursos de acción, es sensato comparar los resultados de lo que en efecto hicimos en el pasado con los resultados concebibles de lo que podríamos haber hecho*¹².

La reivindicación de la potencialidad cognitiva de la imaginación, que trata de representarse las secuencias que corresponderían a cada posibilidad vedada por el rumbo resuelto en cada acontecimiento, inspira en primer lugar una vieja constatación en la tradición intelectual: el costo de la libertad, la aniquilación de otros mundos posibles producto de la inexorable exclusividad de la decisión¹³. Elegir es acoger una forma de presente y despedir en el acto otras opciones perdidas irrecuperablemente. Decidir es pronunciar un sí y decenas de noes. De ahí el encanto de las encrucijadas¹⁴.

Entiendo, sin embargo, que la consideración de lo contrafactual reposa no sólo en la naturaleza abierta y dramática que caracteriza a la acción humana, sino también en el azar que asalta incluso el flujo de los elementos materiales (el leve desvío de una corriente de aire que ocasiona una tormenta, el goteo de un tejado que inicia un río que atraviesa un continente). La contemplación del universo -la materia, la vida, el espíritu- con ojos «contrafactualistas», produciría la duda sobre nuestra propia existencia y un pavor sólo curable con la postulación de una fuerza

12 «La historia virtual...», *Cuadernos...*, enero de 2001, p. 22.

13 En la literatura hispanoamericana, Jorge Luis Borges ha simbolizado la fecundidad del reconocimiento del presente como un cruce de tiempos, y lo ha hecho en varios cuentos (el tema del tiempo recorre casi toda su obra) pero en uno particularmente: «El jardín de los senderos que se bifurcan», (*Ficciones*, Alianza Editorial, Madrid, 2000), de donde el mismo Vargas extrae este fragmento: «Casi en el acto comprendí; el jardín de senderos que se bifurcan era la novela caótica, la frase 'varios porvenires' (no a todos) me sugirió la imagen de la bifurcación en el tiempo, no en el espacio [...] En todas las ficciones, cada vez que un hombre se enfrenta con diversas alternativas, opta por una y elimina las otras; en la del casi inextricable 'Is'ui Pên, opta -simultáneamente- por todas».

14 Pero también la amenaza de la vacilación: «Toda elección es espantosa, cuando se piensa en ella. La necesidad de la opción me ha sido siempre intolerable; escoger me parece no tanto elegir como rechazar aquello que no elijo» (André GIDE, citado por Julio Ramón RIBEYRO, *Cartas a Juan Antonio*, tomo I (1953-1958), p. 96).

oculta que dirija la marcha del cosmos, obviamente desde una posición trascendente a los «actores del espectáculo». Es a propósito de esto que Niall Ferguson recurre a la denominada *teoría del caos* para sustentar la tesis contrafactualista. Según dicha teoría, «el mundo natural es ya lo bastante imprevisible (incluso sin meteoros) como para que 'la predicción exacta sea claramente imposible'»¹⁵. Pero, antes de encarar el fundamento de la tesis, conviene prestar atención a su significado inmediato.

Ciertamente, el delgado derrotero de lo humano, cita de innumerables confluencias, sigue una dirección efectiva única, parcial, más allá de su inmensurable profundidad. Soslayar este principio, el único que orienta la escritura del historiador, con el fin de incorporar la constante consideración de las «virtualidades» conexas, expone a sucumbir ante la tentación de las posibilidades negadas, ante la exploración imaginativa de *lo que pudo ser pero no fue*, de lo que en suma no es real y que, de facto, sólo existió como un camino en el ámbito de la representación, en el reducto de la mente de los actores -siempre recóndito- o, más aún, en la mente del narrador. He aquí una primera observación importante sobre la validez de esta proposición.

No puede negarse, de todos modos, que la referencia a lo virtual se condice con una evidencia por lo demás incontestable, a menudo desdeñada por cualquier remedo de positivismo: la delicada textura de los hechos humanos, es decir, la vasta y frágil red con que se sostiene cada momento y con que se va urdiendo el siguiente, donde una sola puntada -el aleteo de una mariposa- puede decidir la entera figura del tapiz -la formación de un huracán-. Lo que añade a cada suceso, dejando de lado las metáforas, una dimensión contingente que obliga al historiador, en las célebres palabras de Raymond Aron, a «restituir al pasado la incertidumbre del futuro»¹⁶. En este sentido, la *contrafactualización* del relato no constituye un mero entretenimiento de la ficción. Es lo que Ferguson indica, según Carlos Vargas, cuando escribe: «la inevitabilidad es sólo en retrospectiva [...] y la inevitabilidad del determinismo es explicativa más que predictiva [...] la libertad de elección, que es entre futuros alternativos, no es incompatible con la existencia de causas para cada acontecimiento»¹⁷. Y esta bifurcación del tiempo, la elección entre «varios porvenires», que sostiene la impredecibilidad de los hechos, es lo que el historiador británico resuelve entender como «caos».

Pero, me permito insistir, la cuestión no es tan sencilla. Aquí está implicado, efectivamente, un problema capital: representarse la sucesión de una posibilidad incumplida puede significar, más que un enriquecimiento de su sentido particular,

15 Carlos VARGAS, «La historia virtual...» (III), *Cuadernos...*, abril de 2001, p. 6.

16 Cf. *Introduction à la philosophie de l'Histoire. Essai sur les limites de l'objectivité historique*, nouvelle édition, Gallimard, Paris, 1967, pp. 224 y 230-231.

17 «La historia virtual...» (III), *Cuadernos ...*, abril de 2001, p. 4.

la distracción respecto de lo real que se intenta narrar y comprender. De este modo, el ejercicio fantasioso, por lo demás legítimo, sobre un terreno absolutamente incierto podría adquirir una libertad peligrosa, una veleidad que sólo se podría salvar aferrándose a la necesidad de un proceso irreversible, un encadenamiento estricto en los acontecimientos no dados que pudiera satisfacer al pensamiento que los formula. Las posibilidades -lo virtual en sí- son sólo puertas, no sendas trazadas ni trazables. Tomadas de este modo por la representación sólo dan lugar a itinerarios rígidos, recorridos carentes de otro sustento que no sea la sola imaginación. Dicho con ejemplos. Creer que un defecto en la nariz de Cleopatra habría salvado el destino de Roma, o que la lucidez de un herrero habría salvado un imperio en la batalla. Con lo cual -lo que lamentablemente no llega a esclarecer Carlos Vargas en su artículo-, se trataría de negar el determinismo exponiéndose a emprender cadenas de hechos igualmente configurables, determinables desde el propio pensamiento y dotados de la irrevocabilidad que sólo ostenta el pasado real. Es decir, pretender la demostración de la indeterminación de la historia -y de la libertad implícita- según la imprevisibilidad con que se da una sola de entre varias series de hechos, todas ellas sin embargo previsibles en su despliegue a partir de su inicio, equivale a matar el determinismo preservando su prole. Se Sustituye, así, un determinismo simple, que jamás se formula la pregunta «¿y si?»¹⁸, por un determinismo plural, elástico, infinitesimal. El acceso deliberado a lo virtual expone al mismo peligro que se denuncia: un afán racionalista, con tendencia naturalista o logicista, cuyos resultados conocidos en la historia de la filosofía de la historia son todo menos algo virtual. Lo que, a fuerza de simplificar, podría reducirse a la contrapregunta: «¿son -realmente- concebibles los resultados de lo que podríamos haber hecho y no hicimos?»

El fundamento en la teoría del caos y su cuestionabilidad

Un asunto que, en cambio, advierte muy bien Vargas¹⁹, es el relacionado con la pretensión de un conocimiento exhaustivo del devenir, ante lo cual la *historia virtual* es sin duda una válida respuesta. En concreto, indagar las causas de lo ocurrido puede llevar a lo interminable si se empieza a prestar atención a los pormenores, las minucias de que se compone cada acaecer, esas circunstancias que se ramifican a su vez en otras, y así hasta el infinito. Los nexos en la historia, en la medida en que se trata de acciones humanas, es decir, operaciones libres, abiertas, contingentes, son irremediamente imprecisos, entre otras cosas porque

18 Para Ferguson, los determinismos, en su triple versión religiosa, materialista e idealista, consideran lo contrafactual como un planteamiento descabellado, a diferencia de los que sí creen «en ideas de causación más restringidas», para quienes tal interrogante es totalmente aceptable. Citado por Carlos VARGAS, «La historia virtual...» (I), *Cuadernos...*, enero de 2001, p. 24.

19 «La historia virtual...» (I), *Cuadernos...*, enero de 2001, p. 24.

gravitan sobre un abismo indiscernible: la libertad del sujeto (más allá aún de las presuntas convicciones y los objetivos expresos de los protagonistas)²⁰. Lo que se agrava, más aún, si se recuerda que el actuar humano nunca es estrictamente individual. En este sentido, es cuestionable la legitimidad de la *causalidad* como categoría relevante en el discurso histórico, tal como sostienen, por citar algunos casos, Hannah Arendt, Erich Kahler, Henri-Irenne Marrou y particularmente el citado Raymond Aron²¹. La imposición de la causalidad, al menos en su sentido *natural*, tan propia de la posición retrospectiva del espectador, tiende a deformar los hechos hasta otorgarles la apariencia de la necesidad, tan cara a la razón pero insoportable en la voluntad de los personajes reales. En el plano de la libertad, más allá de sus concomitantes limitaciones que son también su propia posibilidad, ningún desenlace está determinado o engendrado *linealmente* por sus antecedentes. Lo cual evita, simultáneamente, la atribución de los hechos al puro azar -las necesidades ocultas-, puesto que sólo existe libertad allí donde realmente se puede indicar una responsabilidad, aunque ésta no sea forzosamente absoluta, por supuesto. De ese modo, el espíritu se cura tanto del fatalismo resignado como del optimismo ingenuo, dos frecuentes formas de despotismo mental y dos maneras equivalentes de conculcar la voluntad del hombre.

Contra ello, Ferguson insiste en establecer un tipo de causalidad que sea compatible con la apología de la libertad. Dicha causalidad encontraría su mejor respaldo en la aceptación del *caos* como telón de fondo permanente de los hechos humanos. *Caos* que no significaría otra cosa, según este autor, que el análisis de la bifurcación del tiempo o de las innumerables posibilidades que duermen en la libertad cada vez que ella se ejercita abocándose a un solo camino y rehusando todos los demás²².

La respuesta de Ferguson, a mi juicio, debería ser confrontada con una extraordinaria dificultad: semejante análisis es irrealizable. El análisis, método predilecto del *racionalismo* que desencadenó el determinismo histórico, es un

20 Sobre la diferencia de los nexos entre los hechos humanos y los nexos en el universo físico, y sus consecuencias epistemológicas en la investigación y la exposición históricas, véase la obra de Patrick Gardiner, *La naturaleza de la explicación histórica* (traducción de José Luis González, Centro de Estudios Filosóficos (Universidad Nacional Autónoma de México), México, 1961).

21 Cf. Hannah ARENDT, "Comprensión y política", pp. 41-42; Erich KAHLE, *¿Qué es la historia?*, traducción de Juan Almela, Fondo de Cultura Económica, México, 1970, p. 194; Henri-Irenne MARROU, *El conocimiento histórico*, traducción de I. M. García de la Mora, Labor, Barcelona, 1968, p. 132; y Raymond ARON, *Lecciones sobre la historia. Cursos del Collège de France*, texto establecido, presentado y anotado por Sylvie Mesure, traducción de Sergio René Madero Báez, Fondo de Cultura Económica, México, 1996, pp. 183 y ss. Kahler, escribe: «La coherencia histórica no consiste en simple causalidad, y así la cuestión fundamental de la ciencia -por qué algo es o acontece- no se aplica a la historia. La cuestión histórica es cómo aconteció. Cuando en la historia nos ponemos a preguntar 'por qué', nos abruma tantas causas -múltiples, de muchos niveles, insondables- que la causalidad se deslíe en la condicionalidad, una condicionalidad que no tiene fin» (*¿Qué es...?*, p. 194). Marrou, por su parte, anota: «Mas hay que insistir en la dificultad central que representa la imposibilidad en que nos hallamos de aislar, como no sea con el pensamiento, los elementos o aspectos de la realidad histórica. La noción vulgar «causa» sólo es utilizable en su sentido estricto cuando mediante la experimentación se puede constituir un sistema cerrado en el que se aisle, para comprobar y hacer variar sus efectos, la acción de una causa determinadas» (*El conocimiento...*, p. 132).

22 Carlos VARGAS «La historia virtual...» (III), *Cuadernos...*, abril de 2001, p. 4.

recurso pobre frente a la inconmensurabilidad del libre arbitrio y del obrar humano, realidad íntegra que se resiste a la abstracción y a la descomposición en aspectos. Ya el solo empleo del término «caos» incomoda tanto como ponerle un adjetivo a la nada, tanto como arrogarse la visión de lo invisible; pero, sobre todo, sucede que admitir su significado en el sentido de algo inminente detrás de cada acción, artificio instructivo para el conocimiento del pasado por lo demás, es algo muy distinto de aspirar a su dilucidación real. ¿Qué se puede obtener de tal empresa, al margen de lo dicho, sino el dibujo esquemático de la inagotable multiplicidad de lo *acontecible* -esto es, apresurar las formas de lo inexistente por medio de modelos en serie salidos del laboratorio de la fantasía?

Niall Ferguson alimenta su alegato a favor del *caos* en los avances de la ciencia contemporánea. Por ejemplo, la visión del tiempo que inspira la teoría de la relatividad de Einstein (la negación del tiempo absoluto); pero, con más énfasis aún, el llamado *principio de incertidumbre* postulado por Heisenberg en 1926²³. Este principio, «al demostrar la imposibilidad de predecir con exactitud la posición y velocidad futuras de una partícula», añadió un decisivo margen de «imprevisibilidad y aleatoriedad en los fenómenos naturales» y, por consiguiente, en la mirada del científico que los estudia, lo que sentenciaría el declive del determinismo en el mismo seno de la Física. En este sentido, según la reseña de Carlos Vargas y con resaltado mío,

*la palabra «caos» 'no significa anarquía en el uso moderno que de ella hacen matemáticos, meteorólogos y otros. No significa que no haya leyes en el mundo natural'. El significado de dicha teoría es que las leyes son tan complejas y dinámicas que gran parte de lo que ocurre parece aleatorio o caótico, y nos resulta prácticamente imposible hacer pronósticos precisos. [...] 'Para ser exactos, la teoría del caos estudia el comportamiento estocástico (es decir, aparentemente aleatorio) dentro de sistemas deterministas. [...] En otras palabras, comportamientos aparentemente aleatorios resultan no ser totalmente aleatorios, sino simplemente no lineales [Con lo cual] pese a que, después de todo, el universo es teóricamente determinista, todas las apuestas deterministas quedan anuladas. Lo máximo que podemos hacer es [...] probabilidades [...] porque somos demasiado estúpidos para discernir la pauta'*²⁴.

Expresiones que corroboran mi comentario inicial: el determinismo histórico, tomado del modelo científico, ha vencido finalmente. La única derrota es la de

23 Carlos VARGAS «La historia virtual...» (III), *Cuadernos...*, abril de 2001, p. 4.

24 «La historia virtual...» (III), *Cuadernos...*, abril de 2001, p. 6

nuestra mirada que confiaba en poder descifrarlo, en lograr acceder a sus secretos. De esta forma, se ha operado sutilmente un regreso a la filosofía de Leibniz: el caos es relativo; las leyes deterministas sobreviven a salvo de la jactancia de la inteligencia (como si no fuera suficiente jactancia proclamar el determinismo de la totalidad, al margen de su inmediata incognoscibilidad). La diferencia entre lo aleatorio y lo predeterminado es la diferencia entre las *verdades de hecho* y las *verdades de razón*, que en definitiva resulta una simple cuestión de distancia óptica, es decir, la diferencia entre la mirada humana –para la cual existe la separación entre un tipo y otro de verdades- y la mirada divina –para la que, tratándose de la suprema inteligencia, no hay más que verdades de razón, mientras que las supuestas verdades factuales responden a un análisis truncado por las limitaciones de la inteligencia humana²⁵. De manera que, en resumen, la refutación del determinismo queda sencillamente aplazada. Concretamente, las leyes que permiten calcular los hechos –naturales y humanos- son trasladadas a una esfera inasequible a la razón humana sobre la que, curiosamente, ésta puede pronunciarse en cuanto al determinismo de su carácter general. La historia es previsible, pero no por el hombre. La explicación de los acontecimientos –las acciones de los individuos- tiene un grado de complejidad que supera el análisis del conocimiento (conocimiento que mantiene obstinadamente el ejemplo racionalista: conocer es siempre analizar, descomponer; el conocimiento científico es el único conocimiento posible). De aquí a la negación de la libertad, imponiendo la causalidad por medio de esta doctrina, no hay un gran trecho. Solo se ha desterrado el determinismo del plano del conocimiento, no del plano de la realidad.

La carga polémica del argumento fergusoniano se contiene en las siguiente síntesis ofrecida por Vargas, a la que añado de nuevo mi propio resaltado:

'la importancia filosófica de la teoría del caos es que reconcilia las ideas de causación y contingencia', y por tanto nos libera del mundo sin sentido de algunos idealistas en donde no existe causas ni efectos, y del mundo igualmente sin sentido de los deterministas en el que sólo existe una cadena de causas ordenada y preexistente. Como hemos visto: 'caos [...] significa resultados imprevisibles

25 En el opúsculo «En torno a la omnipotencia y omnisciencia de Dios, y la libertad del hombre», el filósofo alemán escribe: «[...] cuando la voluntad libre tiene como causa suya la bondad aparente de las cosas y circunstancias que se le presentan, Dios conoce, en efecto, sin error alguno, las circunstancias que balancean los pensamientos de los queilenses desde el mismo momento de la creación, igual que alguien avezado en aritmética puede saber que dieciséis es el resultado de dividir por dos el producto de multiplicar cuatro por ocho y que multiplicar ocho por dos dividiendo entre el producto entre cuatro da cuatro, con la diferencia de que Dios abarca de una ojeada todas las posibles e incalculables alteraciones y consecuencias, mientras que el matemático ha de revisar el cálculo a cada vez [...]», en: Gottfried Wilhelm LEIBNIZ, *Escritos en torno a la libertad, el azar y el destino*, traducción de Roberto Rodríguez Aramayo y Concha Roldán Panadero, selección, estudio preliminar y notas de Concha Roldán Panadero, Tecnos, Madrid, 1990, p. 75. Véase también pp. XXIV y ss. del interesante estudio preliminar de esta edición.

aun en el caso de acontecimientos sucesivos que están causalmente encadenados²⁶.

Por mi parte, sostengo que dicha importancia filosófica es engañosa: la conciliación causación-contingencia comporta una contradicción *in terminis*. O, mejor, la contingencia aludida por Ferguson deviene una causación ignorada que simplemente rebasa los cálculos posibles del conocimiento, pero carente de una cualidad que la separe con claridad de los irrevocables procesos naturales. Además, y esto es lo más serio, ¿cómo aplicar las consecuencias de una teoría de origen físico al campo de lo humano, sustancial y no sólo gradualmente diferente? De hecho, para el británico, como sugiere Vargas, la única diferencia entre la consideración de lo contrafactual en el conocimiento histórico y en el científico, es que en éste último se puede emplear también este recurso «como hipótesis a someter a prueba experimentalmente»²⁷ (la cursiva es mía), lo que por supuesto es impracticable respecto del pasado humano.

Sobre la caos-historia

En mi opinión, recoger esta sola utilidad en la práctica historiográfica, no es suficiente para propugnar una caos-historia o una historia virtual como un sistema novedoso para la investigación del pasado. Curiosamente, Ferguson restringe finalmente la utilización de la virtualidad en el mismo terreno del conocimiento histórico: «en la práctica, no obstante, no tiene realmente sentido hacer la mayor parte de las preguntas contrafactuales posibles». Es decir, dicha formulación rinde frutos solamente dentro de la consideración de un «escenario plausible»²⁸. Así continúa el historiador británico en cita de Vargas-, sustituyendo «el enigma del azar por el cálculo de probabilidades, resolvemos el dilema de elegir entre un solo pasado determinista y el inabordable número infinito de pasados posibles»²⁹. Pero, reitero, la sola mención del *cálculo de probabilidades* representa una intromisión del matematicismo en el lenguaje de la historia, intromisión que más que permitir que «vivamos como los hombres de la época, en su contexto fluido y entre sus problemas aún por resolver», lo que consigue es reemplazar la

26 «La historia virtual...» (final), *Cuadernos...*, mayo de 2001, pp. 4-5. Dice Ferguson: «el mejor criterio para establecer una relación causal no era la ley de cobertura hempeliana, sino la llamada prueba de no ser por o *sine qua non*, aplicando el principio de que el efecto no puede ocurrir ni existir a menos que la causa ocurra o exista». De modo que, en última instancia, la noción de causa rescatada para el conocimiento histórico se basa en la capacidad, omitida entre los deterministas, para «imaginar un cambio en las condiciones de cambio», en palabras de Popper (ibid., p. 5).

27 «La historia virtual...» (final), *Cuadernos...*, mayo de 2001, p. 6.

28 «La historia virtual...» (final), *Cuadernos...*, mayo de 2001, p. 6.

29 «La historia virtual...» (final), *Cuadernos...*, mayo de 2001, p. 6.

incertidumbre del protagonista por una confrontación con el infinito que sólo se le ocurre a la mente del historiador y que es decididamente una postulación suya. Las únicas cuestiones operativas son éstas: «hago o no hago esto», «lo hago de este modo o de otro», que naturalmente empalman con las inagotables posibilidades del devenir, pero cuyas vivacidad y simplicidad originales se pierden bajo la nomenclatura probabilista. Ello sin contar con que, una vez más, Ferguson reduce el planteamiento contrafactual a lo rigurosamente plausible, esto es, «a aquellas alternativas que podemos demostrar, sobre la base de la evidencia contemporánea, que en efecto tomaron en consideración los coetáneos»³⁰. Ponerse en el lugar del personaje histórico no comporta imponerle la previsión de su futuro, pero tampoco, y en el fondo es algo parecido, la conciencia de un abanico de futuros posibles que efectivamente desconoce, desterrando las ecuaciones lineales en el suceder para poner en su lugar sólo ecuaciones complejas -el medio *caótico*- imposibles de resolver, pero al fin y al cabo *ecuaciones*. Para recobrar la libertad -y con ella la conciencia y la responsabilidad del obrar humano, que es la intención de fondo en Ferguson- no basta sostener que «la probabilidad histórica es más complicada que la matemática»³¹. Con ello, por el contrario, se remoja el viejo positivismo con un maquillaje de sutileza y flexibilidad.

Es indudable, para ser justos en el juicio, que Ferguson, y al parecer el mismo Vargas, no preservan ese tono matematicista en las recomendaciones prácticas que proponen a los historiadores. En esa misma medida su interés por recuperar la contingencia de los acontecimientos permanece incólume, y es aun sumamente oportuna frente a las interpretaciones apresuradas, de adhesión o rechazo, que inspiran sucesos en marcha como, por poner un ejemplo, la globalización en la actualidad. Convicciones como la que en el artículo comentado se indica y según la cual el conocimiento del pasado requiere «comprender cómo no fue en realidad»³², confirman, por la vía negativa, la enorme importancia de lo contrafactual en la comprensión de lo histórico³³. Lo que está en discusión, sin embargo, no es tanto la historia virtual en sí (cuya denominación es, no obstante, engañosa y podría sustituirse por un *conocimiento histórico que contemple la perspectiva*

30 Citado por Vargas en: «La historia virtual...» (final), *Cuadernos...*, mayo de 2001, p. 7.

31 Ferguson, citado por Vargas en: «La historia virtual...» (final), *Cuadernos...*, mayo de 2001, p. 7. Vargas cita, en la defensa de la libertad en la historia, al clásico R. G. Collingwood, en cuyo esfuerzo por emancipar la historia de las ciencias naturales, en mi opinión, surge una defensa de la historia como historia del pensamiento que tiene un irresistible aroma idealista. De hecho, Collingwood invoca para sí la doctrina hegeliana en este punto (cf. *Idea de la historia*, traducción de Edmundo O'Gorman y Jorge Hernández Campos, Fondo de Cultura Económica, México, 1992, pp. 119 y ss.).

32 FERGUSON citado por VARGAS en: «La historia virtual...» (final), *Cuadernos...*, mayo de 2001, p. 7.

33 Por ejemplo, en el clásico *El conocimiento histórico* de Marrou se puede leer: «[Raymond Aron] tiene razón, en especial, contra los hegelianos que, en nombre de la racionalidad de lo real y de la necesidad que de ella deriva, rechazan como ilógica y antihistórica toda suposición acerca de «lo que habría podido ser de otro modo». Es vano, sin duda, imaginarse laboriosamente, como lo hace Renouvier en su *Ucronia*, «el desarrollo de la civilización europea de un modo distinto del que ha sido: tal como habría podido ser», pero, por otro lado, es un hecho que «todo historiador, para explicar lo que ha sido, se pregunta sobre lo que habría podido ser» (p. 133).

contrafactual, sin más), sino el aparato ideológico de esta tesis, es decir, la competencia historiográfica de la teoría del caos, además del riesgo ya señalado en la esmerada aspiración a saber «cómo no fue el pasado en realidad» (lado *oculto* de las cosas, reino de las puras posibilidades, que no podemos explorar más allá de la condición de lo posible, por tanto que no podemos relatar ni explicar propiamente por la sencilla razón de que se trata de lo que no se dio en efecto y que ni siquiera podemos rastrear en la siempre esquiva mente de los personajes históricos)³⁴.

La afirmación concluyente de Ferguson, reproducida por Vargas, es ilustrativa al respecto: «el mundo no está ordenado por la divinidad, ni gobernado por la Razón, la lucha de clases o cualquier otra ley determinista. Lo único que podemos decir con certeza es que está condenado a un progresivo desorden por entropía»³⁵. Sin duda lo primero, el repudio del determinismo, es enteramente plausible; es más, ésta ha sido la piedra de toque en muchas de las defensas de la libertad frente a las formas totalitarias del siglo XX, aferradas, en buena cuenta, a una presunta posesión de *la* verdad sobre la dirección de la historia³⁶. Lo segundo, sin embargo, no es menos repudiable: ¿a título de qué aseveramos *con certeza* que el suceder está *condenado* a un destino *entrópico*?, ¿de dónde se extrae semejante juicio panorámico? Atribuir el determinismo a la marcha de los pueblos suscita la sospecha de la libertad, pero también la adjudicación de una óptica omnicompreensiva, una visión del conjunto de lo acaecido, de la cual carece en principio toda mirada terrena. Carencia que, cierta y coherentemente, impide una pronunciación en el sentido contrario: el signo caótico en la suma de lo sucedido. Tan arriesgado es lo primero como lo segundo. El término «entropía» sugiere no sólo el simple desorden -lo imprevisible e *indeterminable*- sino, además, una probable *medida* del desorden³⁷. De modo que la postura fergusoniana revela, así, su interna contradicción, relacionada con una actitud frente al determinismo que mantiene los mismos conceptos de éste sobre la realidad humana (el lenguaje parecido da testimonio de ello), resultando así una simple reacción *dentro* del mismo campo de esta tendencia interpretativa, y no una respuesta radical -y con

34 Continuando la anterior cita de Marrou: «Ante una situación histórica, evocamos sus diversos antecedentes (o sus secuelas) y, después, con el pensamiento, vamos cambiando alternativamente unos y otras, tratando de imaginar cada vez lo que sería el resultado. De esta suerte nos hacemos una idea sobre la relativa eficacia de las distintas «causas» que entraron en juego: la experiencia mental reemplaza a la imposible experiencia de laboratorio. Pero ¡su carácter de ficción afecta por desgracia al alcance de sus conclusiones!» (*El conocimiento...*, p. 133).

35 «La historia virtual...» (final), *Cuadernos...*, mayo de 2001, p. 8.

36 Véase el caso de Eric Voegelin (*Nueva ciencia de la política*, versión española de José Emilio Sánchez Pintado, Ediciones Rialp, México, Buenos Aires y Madrid, 1968) y Hannah Arendt (*Los orígenes del totalitarismo*, versión española de Guillermo Solana, Alianza Editorial, Madrid, 1987, parte III).

37 «¿Contingencia o fatalidad? ¿Causas profundas o azarosas vicisitudes? Visto una vez más, el carácter ficticio de las operaciones mentales con las que, sopesando el pro y el contra, elegimos entre las distintas interpretaciones posibles, ¿cómo no percibir la incertidumbre, la gratuidad fundamental de toda solución elegida?» (H.-I. MARROU, *El conocimiento...*, p. 139).

ello una defensa más consistente del auténtico obrar humano- que sólo cabría esbozar fuera de este marco conceptual.

Lo que lleva a una inferencia ya anticipada: la historia virtual basada en la teoría del caos no constituye ningún «antídoto» eficaz contra la plaga del determinismo. Para confirmar que los hechos bien pudieron ser de otro modo, o de otros mil modos, no hace falta empeñarse en esta argumentación. La acción humana, cuya *infinitud* no es simplemente la elevación exponencial de las cualidades calculables de la naturaleza, habla por sí sola al respecto. Lo contrafactual no puede ir más allá de este umbral que enfrenta sin remedio a lo impenetrable, a aquello que arredra y fascina a la vez. El misterio y la incertidumbre son ingredientes inextirpables de la condición humana, salvo al precio de la distorsión de lo humano.

Carlos Vargas, sabiamente, advierte al final de su artículo la provisionalidad que podría aquejar a esta teoría del caos en el futuro. Ese es también el carácter que tiene todo conocimiento humano, por cierto, lo que no implica hacer profesión de relativismo o escepticismo absolutos. «El tiro, seguramente, volverá a salir por la culata, como le gusta a la historia y los sacerdotes del presente, nuevamente. a cuarteles de invierno»³⁸. En eso consistirá, nada menos, el mismo triunfo de la libertad -«el que nuestros pueblos sean realmente dueños de su destino»- que es lo que, a fin de cuentas, Vargas deseaba proclamar, por encima aun de las teorías que la defienden en el tiempo, y que persistirá, justamente y más allá de las discrepancias particulares, como un recuerdo imborrable de su personal trayectoria intelectual. ♣

38 «La historia virtual...» (final), *Cuadernos...*, mayo de 2001, p. 8.

Bibliografía de referencia

- ARENDE, H., "Comprensión y política", en: *De la historia a la acción*, traducción de Fina Birulés, Paidós e Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, Buenos Aires, México, 1995.
- ARENDE, H., *La condición humana*, traducción de Ramón Gil Novales, Paidós, Barcelona, 1993.
- ARENDE, H., *Los orígenes del totalitarismo*, versión española de Guillermo Solana, Alianza Editorial, Madrid, 1987, parte III.
- ARON, R., *Introduction à la philosophie de l'Histoire. Essai sur les limites de l'objectivité historique*, nouvelle édition, Gallimard, Paris, 1967.
- ARON, R., *Lecciones sobre la historia. Cursos del Collège de France*, texto establecido, presentado y anotado por Sylvie Mesure, traducción de Sergio René Madero Báez, Fondo de Cultura Económica, México, 1996.
- BORGES, J. L., *Ficciones*, Alianza Editorial, Madrid, 2000.
- COLLINGWOOD, R. G., *Idea de la historia*, traducción de Edmundo O'Gorman y Jorge Hernández Campos, Fondo de Cultura Económica, México, 1992.
- FUKUYAMA, F., *El fin de la historia y el último hombre*, traducción de P. Elías, Planeta, Barcelona, 1992.
- GARDINER, P., *La naturaleza de la explicación histórica* (traducción de José Luis González, Centro de Estudios Filosóficos (Universidad Nacional Autónoma de México), México, 1961.
- KANT, E., «Idea de una historia universal en sentido cosmopolita», en: *Filosofía de la historia*, traducción de Eugenio Imaz, Fondo de Cultura Económica, México, Madrid, 1997.
- KAHLER, E., *¿Qué es la historia?*, traducción de Juan Almela, Fondo de Cultura Económica, México, 1970.
- INNERARITY, D., *Hegel y el romanticismo*, Tecnos, Madrid, 1993.
- LEIBNIZ, G. W., *Escritos en torno a la libertad. el azar y el destino*, traducción de Roberto Rodríguez Aramayo y Concha Roldán Panadero, selección, estudio preliminar y notas de Concha Roldán Panadero, Tecnos, Madrid, 1990.
- LÖWITH, K., *El sentido de la historia. Implicaciones teológicas de la filosofía de la historia*, traducción por Justo Fernández Dujon, Aguilar, Madrid, 1958.
- MARROU, H.-I., *El conocimiento histórico*, traducción de J. M. García de la Mora, Labor, Barcelona, 1968.
- RIFKYRO, I. R., *Cartas a Juan Antonio*, tomo I (1953-1958), Jaime Campodónico Editor, Lima, 1996.
- VARGAS, C., «La historia virtual o el vértigo de la mariposa» (I, II, III y IV), *Cuadernos de Marcha*, enero de 2001, febrero-marzo de 2001, abril de 2001 y mayo de 2001.
- VOEGELIN, E., *Nueva ciencia de la política*, versión española de José Emilio Sánchez Pintado Ediciones Rialp, México, Buenos Aires y Madrid, 1968.